

La Trampa

Rafael Gamarra Arcos



Image not found.

Capítulo 1

Luciano Gamarra llegó a Barrancabermeja en 1952, poco después que se construyera la Refinería. Se había graduado de contador, y al recibir un telegrama de su amigo Manuel Esteban donde le decía que la Refinería estaba contratando personal, se embarcó en un ferry desde el puerto de Magangué. Arribó al puerto de Barrancabermeja con solo dos pesos en el bolsillo que le había prestado su padre. El pasaje se lo había regalado su madre y le había atiborrado el baúl de provisiones, así que se sentía tranquilo porque por lo menos por una semana no tendría que preocuparse por comida.

Barrancabermeja era el límite que separaba a la Costa -o la unía- con el interior del país, de ahí para adelante era montaña. Al desembarcar tuvo la impresión que había vuelto a Magangué. Se sentía el mismo calor sofocante y hubiera jurado que el personal que atendía los negocios en el puerto era el mismo que había dejado tres días atrás al embarcarse. En parte tenía razón porque en esa época la Refinería empezó a contratar trabajadores provenientes de las sabanas de Sucre y Bolívar, porque solo esa gente acostumbrada al sol canicular de la Costa podía hacerle frente a las temperaturas infernales de estas tierras ribereñas, eso hizo que mucha gente de esas regiones migrara a Barrancabermeja. La Empresa había desistido ya de contratar a los habitantes de los pueblos del Interior del país, quienes caían fulminados por el calor cuando los ponían a tumbar monte, pues aunque eran buenos trabajadores, el clima de las montañas era mucho más benigno, y no conocían los mosquitos que se sentían atraídos con ese olor a leche que emanaba el sudor de sus pieles blancas. Fue tal vez por esa política de la Empresa que se creó cierto resentimiento entre la gente del Interior y los "Negros", que era como llamaban despectivamente a los Costeños.

En ese momento la mayor preocupación de Luciano era la de encontrar a su amigo Manuel Esteban que debía estar esperándolo. Trató de ubicarlo entre la multitud que se arremolinaba en torno a los recién llegados, pero por más que lo busco no logró encontrarlo. Como pudo arrastró el baúl que debía pesar unos treinta kilos y se situó debajo de un almendro a esperar que apareciera. Había transcurrido dos horas desde que llegó y ya estaba resignado a la idea de que su amigo no vendría.

-Tal vez equivocó el día o la hora -pensó.

Sintió hambre y esta vez con el baúl al hombro se dirigió a un puesto de comida de los muchos situados en el malecón. Se sentó y vio un aviso escrito a mano con tiza en el que se describían los platos del día: viuda de pescado, sancocho de bocachico, bagre guisado y bocachico frito. Pidió un sancocho de bocachico, arroz blanco y una totuma de suero salado con yuca. De tomar pidió una agua de panela fría con limón. Comió con ganas

y pagó cinco centavos por el almuerzo. Buscó el papel donde había anotado la dirección de una posada que le había aconsejado alguien que conoció en el viaje, y se embarcó en una lancha -como llamaban a los taxis de esa época, pues su forma era como la de una lancha invertida -. Por información del mismo hombre que conoció en el ferry sabía cuánto debía pagar por la carrera, así que arregló el precio de antemano. Se relajó, sacó un cigarrillo y dejó que el taxista hablara de lo divino y lo humano sin hacerle mayor caso. A lo lejos podían verse los tres mechones enormes que quemaban los residuos de la refinación del petróleo.

-Barrancabermeja es un pueblo grande, o más bien una ciudad pequeña -decía el Taxista.

Le contó que la refinería la construyeron los Gringos y que luego de eso algunos de ellos se quedaron ocupando los mejores cargos en la Empresa. Pasaron por la ciénaga alrededor de la cual se había construido Barrancabermeja y que desprendía un olor nauseabundo, por los vertimientos de los desechos de la Refinería, según le explicó.

Se maravilló al ver un barrio hermoso, con unas calles limpias y bien pavimentadas que se divisaba detrás de una malla de alambre que lo cercaba. Al mirar más detenidamente pudo notar que sus habitantes eran en su mayoría Gringos. Las casas tenían el estilo americano, habían sido construidas sobre un montículo rodeado de un bello prado y tenían unos enormes mangos que le daban sombra. Las ventanas blancas de estilo persianas podían abrirse y cerrarse gracias a una manivela movida desde adentro, es por eso que podían ser cubiertas con mosquitero, el cual también cubría la puerta de entrada. Los aires acondicionados instalados en cada una de las paredes, y las bicicletas, carros, y juguetes situados al frente de las casas, permitían ver la comodidad que disfrutaban sus habitantes y la despreocupación con la que vivían, pues no existían cercas que separaran las casas ni rejas en el frente.

-Es el barrio de los Directivos, la entrada está restringida -comentó el Taxista.

Su ilusión de vivir en un sitio así fue destruida de tajo cuando llegaron a la posada cuyo nombre "El Cambuche" presagiaba lo mal que lo iba a pasar allí. En la recepción no había nadie, miró alrededor y vio a un joven durmiendo la siesta en un sofá situado en la sala. La radiola estaba encendida y se escuchaba un programa de humor que emitían a esa hora. Un reloj en la pared marcaba las seis. Despertó al muchacho que se asustó al verlo pues no estaba acostumbrado a recibir huéspedes a esa hora. Se llamaba Jairo, le tomó sus datos y le cobró por adelantado los veinte centavos que valía la habitación por noche. Le enseñó donde quedaba el baño público, el comedor, el patio donde estaba situado el lavadero y lo llevó a su habitación. El mobiliario consistía de una cama de barrotes de cobre con un colchón viejo, una bacinilla, una jarra de agua

con una ponchera al lado, un escaparate y una mesita de madera con su silla. En el techo pendía un ventilador oxidado.

-No está tan mal -pensó Luciano.

En la habitación de al lado se escuchaban las voces de una pareja discutiendo. Luego de acomodar el baúl se dispuso a darse un baño para lo cual tuvo que salir de la habitación. El baño estaba ocupado pero casi de inmediato salió un hombre envuelto en una toalla. Debía tener más de cuarenta años, era bastante robusto y de tez morena. Al pasar por su lado se saludaron, su cara y su acento le parecieron conocidos. Cuando regresó a su habitación notó que el baúl había sido forzado. Se desesperó al comprobar que lo habían robado y llamó al recepcionista, pero este le dijo que la culpa era suya porque había dejado la habitación sin el candado puesto. No tuvo más remedio que lamentarse de su suerte e hizo un inventario de lo robado, se habían llevado las provisiones pero al menos habían dejado el resto. Sospechó del hombre del baño pero ya no había nada más que hacer y se dispuso a dormir pensando en Gabriela. En el cuarto de al lado se sentían los gemidos y la respiración agitada de la pareja que antes discutía.

Al día siguiente se levantó temprano y se sintió un poco desorientado. Pensó en cómo haría para encontrar a Manuel Esteban. Se lamentó de no haberle pedido su dirección y concluyó que la mejor forma era ir a esperarlo a la entrada de la Empresa. Recordó el robo de la noche anterior y se dio cuenta que sin esas provisiones tendría que gastar más de lo previsto, se sintió molesto y ansioso. Acomodó su ropa en el escaparate y puso los libros en la mesa. Tomó la bacinilla llena de orín y la puso con mucho cuidado encima de la puerta medio cerrada, pegada a la pared, y se fue al baño sonriendo. Cuando volvió encontró la bacinilla en el mismo sitio. La bajó, se vistió y salió de la habitación.

-Esta vez sí le eché candado -le dijo de mal humor al Recepcionista.

-Si vuelven a robarme ya no tendrá excusa -pensó, y salió sin poder ver al hombre del baño.

La mañana estaba fresca por lo que decidió caminar hasta la Empresa guiándose por los mechones de la Refinería. Eran las siete y se extrañó de no ver a los empleados camino al trabajo. Cuando llegó se dio cuenta que la hora de entrada debió haber sido más temprano porque las rejas de alambre de la Empresa estaban cerradas. Entonces recordó el pito que lo despertó en la madrugada y supuso que era una forma que tenía la Empresa de llamar a sus trabajadores, pues debía escucharse en toda la ciudad. No le quedaba más remedio que volver al mediodía, por lo que decidió tomarse un café. Halló una cafetería en el centro de la ciudad cerca de la Empresa. Pidió un café y se puso a seguirle la conversación a

un par de hombres que charlaban en la mesa de al lado.

-Mañana debemos llegar temprano para hacer una búsqueda más detallada, para ver si aparece -decía uno de ellos.

El ruido de la música no lo dejó escuchar más, se alternaban canciones rancheras y vallenatos. Barrancabermeja tenía la influencia de la gente del interior y de la costa; Cachacos y Costeños, como eran conocidos. Eso se reflejaba también en el hablado de algunos habitantes que era una mezcla de los dos acentos, y también en la comida y costumbres. Volvió a escuchar un pito y vio que un reloj marcaba las Diez y media. Quedó confundido.

-Debe ser para anunciar un descanso -se dijo no muy convencido.

Aprovechó para enviar un telegrama a sus padres. Prefirió no contarles lo de la incomunicación con Manuel Esteban, ni el asunto del robo.

"Encuéntrome bien. Buenas posibilidades. Despreocúpense." -escribió.

Pensó en enviarle uno a Gabriela pero supuso que sus padres le darían la noticia. Compró un periódico y pasó el resto de la mañana leyendo. Cuando oyó un pito supuso que era la llamada de salida a almorzar. A las doce en punto ya estaba ubicado en la entrada de la Empresa y para su sorpresa encontró que las puertas estaban cerradas.

-¡Que horario más raro! -pensó.

Se acercó a la caseta de vigilancia situada al lado de las rejas y vio los turnos de trabajo: Mañana 6am-10:30am, Tarde 12m-4:30pm. Extrañado le preguntó a uno de los vigilantes el porqué de ese horario.

-Se entra de madrugada para aprovechar el fresco de la mañana, y se sale temprano porque los gringos se van a jugar golf aprovechando la luz del día -le explicó este.

Luciano le preguntó si podía darle información de un amigo que laboraba allí, pero el celador le contestó que tenía prohibido dar cualquier dato de un empleado.

-Entiendo -dijo.

Decidió no alejarse mucho. Halló un restaurante cerca, comió poco y guardó el resto. Luego regresó a la Empresa y se sentó a esperar. A las 4:30 exactamente sonó el pito. Buscó un lugar privilegiado donde podía observar en detalle la multitud que se abalanzaba hacia la salida. Diez minutos más tarde ya había salido casi todo el personal y Manuel Esteban

no apareció.

-Qué mala suerte -se dijo.

Con un montón de pensamientos en su cabeza se dirigió a la posada. Su situación ya comenzaba a tornarse desesperada. Entró a su cuarto y comió algo de lo que sobró del almuerzo, luego encendió un cigarrillo y se recostó. Estaba tratando de idear un nuevo plan de búsqueda cuando sintió que tocaban la puerta. Sobresaltado preguntó quién era.

-Soy su vecino de habitación -contestó alguien detrás de la puerta-. Vengo a entregarle algo.

Pensó rápido.

-¿Y si es el ladrón que ahora quiere asaltarme en mi propia habitación?

-Umm, no creo -se refutó a sí mismo-. No se atrevería a tanto, él no sabe si ando armado.

Se asomó por una rendija de la puerta y vio a un hombre detrás de ella. Era el hombre del baño, estaba bien vestido y llevaba un paquete en la mano. Se tranquilizó y abrió la puerta.

-Jairo me contó lo del robo -dijo el hombre-. Vengo a compensarlo con esta carne salada, le aseguro que no se le dañará en una semana. No quiero que piense que todos aquí somos ladrones.

-Gracias -contestó Luciano mientras le recibía el paquete.

-Mi nombre es Carlos Huertas -dijo el hombre y le extendió la mano.

-Luciano Gamarra -se presentó Luciano.

-Hombre, Jairo me comentó que usted estaba recién llegado y solo en la ciudad, quisiera invitarlo a unas cervezas, no hay nada mejor para este calor.

-Pues la verdad es que no tengo nada mejor que hacer, espéreme un momento mientras me visto -dijo Luciano.

Salieron juntos. Ahora estaba seguro que su acento era el de su pueblo, concluyó Luciano.

Fueron a un bar cercano y pidieron unas cervezas.

-Me imagino que vino a buscar empleo en la Empresa -empezó diciendo

Carlos Huertas.

-Pues sí, supongo que todo el mundo viene aquí por lo mismo -contestó Luciano.

-Pues sabe que no todos -dijo Carlos Huertas-. Mi caso es distinto; yo vine a matar a un hombre, al hijo de un malnacido que mató a mi padre -dijo esto mirándolo fijamente a los ojos.

Luciano sintió un estremecimiento. Desde que supo su apellido algo en su interior le decía que tenía que cuidarse de aquel hombre. La autoría del robo ya había sido descartada, pero había algo en esas palabras y en la expresión que puso cuando las dijo que lo previno contra él. Vinieron a su mente algunos recuerdos.

-¿Quiere conocer mi historia? -preguntó Carlos Huertas.

-Sí, -dijo Luciano-. Me interesaría conocerla.

Carlos Huerta continuó.

-El hombre al que me refiero mató a mi padre a traición, pero yo voy a matar a su hijo de frente, para que sea mi cara lo último que vea en su vida. Sabía que vendría hasta aquí y lo he estado esperando. Su nombre es Luciano Gamarra.

Dijo esto mientras se levantaba de la mesa y sacaba un revólver. ¡La presa había caído en la trampa!

Capítulo 2

No era la primera vez que Luciano se hallaba ante un hombre armado. Ya una vez se había enfrentado a balas con un primo que intentó ingresar a la fuerza a la tabacalera que cuidaba, propiedad de su Tío Hermógenes. Tenía solo 17 años y su primo 32. A éste, su padre Hermógenes lo había echado por sinvergüenza y flojo. Ese día su Primo abrió las puertas de madera de la tabacalera con la cache de una escopeta, dispuesto a saquear la caja fuerte. Pero no contaba con que Luciano estaba allí, quien al sentir el alboroto se apertrechó en la escalera situada frente a la entrada y sacó su arma esperando el primer disparo. Su primo al verlo le disparó con su escopeta sin apuntar y la bala destrozó el pasamanos sin hacerle daño. Luciano respondió al fuego y logró herirlo. Era buen tirador y desde ahí tenía una posición privilegiada, mientras su primo estaba completamente expuesto. Al sentirse herido, el primo disparó de nuevo para protegerse, mientras retrocedía de espaldas a la puerta y salía de la tabacalera.

Esa hazaña convirtió a Luciano en un héroe entre sus amigos. Se dejó el bigote y se paseaba orondo en su caballo, sintiéndose Pedro Infante, el charro de las películas mexicanas.

En esos días ya se sentía el problema de la violencia entre liberales conservadores, y la policía prohibió el uso de armas en las calles. Pero Luciano contaba con el apoyo de su Tío Hermógenes, quien era el mandamás del pueblo y tenía mucha influencia en toda la región. Este le entregó un arma y le dijo:

-Aquí tienes para que te protejas y no te dejes matar; llévala contigo que yo respondo.

Poco después del tiroteo volvió a encontrarse con su primo mientras caminaba por las calles de su pueblo. Ese día iba desarmado y su primo iba acompañado.

-Carajo, te dejaste ganar de un pelado -le increpó el acompañante a su primo-. Déjame a mí que yo si le enseño a respetar.

-¡Vea no sea hijueputa! -le dijo Luciano-. A él no lo maté porque era familia mía, pero a ti te vuelo la cabeza como te metas conmigo -dijo eso mientras con su mano simulaba agarrar un arma que no tenía.

-Hombre, dejemos eso así, esas peleas entre familia no está bien -dijo su primo mientras obligaba al otro a seguir su camino.

Con el tiempo terminaron siendo amigos. Una vez estaban los dos en la

finca de su Tío practicando tiro al blanco.

-¡Mira Luciano! -le dijo su primo mientras le volaba la cabeza a una gallina con su revólver.

Luciano para no quedarse atrás tumbó un totumo pegándole con la bala en el rabito que lo unía al palo.

-¡Nojoda, tu si pegas! -exclamó su Primo.

Capítulo 3

En el bar, Carlos Huertas comenzó a disparar. Luciano se abalanzó sobre él por instinto mientras éste le vaciaba el revolver en todo su cuerpo. Fueron seis disparos que dejaron a Luciano tendido en el suelo. Carlos Huertas creyéndolo muerto se sentó, tomó su arma y con fuerte voz dijo:

-¿Quieren ver morir a un hombre riendo? -lanzó una carcajada y se metió un tiro en la cabeza.

Ya en el hospital los médicos luchaban por salvarle la vida a Luciano. No se explicaban cómo seguía vivo aún; milagrosamente las balas no afectaron órganos vitales.

Cuando era niño, Tomas Gamarra, padre de Luciano, lo había rezado contra las balas. Tenía fama de secretero.

-Por esos secretos es que Tomasito nunca ha progresado -decía Hermógenes Gamarra, hermano de Tomas.

Una vez llegó a casa de Tomas un compadre, rogándole que lo ayudara porque acababa de perder una gran cantidad de dinero jugando en la ruleta de la feria.

-¡Por qué te pones a jugar esas vainas si no sabes de eso! -lo regañó Tomas y se fue a la feria.

En menos de una hora había recobrado todo, le entregó el dinero a su compadre y no siguió jugando más.

Una semana después del atentado, Luciano salía del hospital ayudado por su novia Gabriela, que había viajado a atenderlo luego de enterarse del incidente cuando la noticia llegó a su pueblo. Ya en la pensión estuvieron hablando de lo ocurrido. Luciano pensaba que si Carlos Huertas hubiera sabido cómo habían ocurrido las cosas en realidad, tal vez habría desistido de su venganza.

Capítulo 4

El incidente del padre de Carlos Huertas con el padre de Luciano surgió por cuestiones políticas. Una noche, un grupo de conservadores liderados por el padre de Carlos Huertas a quien apodaban el Chulo, atacaron a bala la casa de Tomas que era liberal. Una bala atravesó la hamaca donde dormía Luciano, pero este ya se había tirado al suelo al sentir la balacera. Los conservadores se fueron. Tomas Gamarra no se encontraba en su casa en ese momento, y al enterarse de lo ocurrido, fue a la casa del Chulo y lo persiguió con un cuchillo; pero este se encerró en un cuarto, y si no hubiera sido porque su mujer se atravesó en la puerta impidiéndole entrar, lo hubiera matado.

-Eres un cobarde -le gritó Tomas-. Atacas en gavilla y luego te escondes tras las faldas de una mujer. Anda y ármate que te espero en la Plaza.

El Chulo no se presentó y quedó como un cobarde ante todo el pueblo. Herido en su orgullo, el Chulo planeó la muerte de Tomas Gamarra.

Un día, Tomas salió en su burro a San Mateo que era un pueblo cercano, a visitar a Luis su hijo mayor. Una mujer vieja que también era conservadora, al verlo pasar le avisó al Chulo.

-No lo vayas a matar, cógelo vivo, lo amarras y lo paseas desnudo por todo el pueblo -lo azuzó la vieja.

El Chulo tomó un camino más cercano para llegar a San Mateo, y cuando divisó a Tomas, comenzó a dispararle agazapado en una colina. Tomas salió corriendo tras del burro que huía espantado, tratando de alcanzar su arma que había guardado en una mochila. El Chulo se rio al verlo correr pues pensó que huía asustado. Cuando Tomas alcanzó su revólver, apuntó a donde estaba el Chulo, pero este le dio con una bala en la mano derecha, obligándolo a soltar el arma. Confiado, el Chulo se puso de pie para apuntar mejor, pero ignoraba que Tomas podía disparar con las dos manos. Tomas volvió a tomar el revólver con la mano izquierda, apuntó, y desde esa posición le disparó al Chulo, que quedó tendido en la colina.

Alguien le avisó a Luis lo que estaba pasando. Cuando llegó donde estaba su padre le dijo:

-¡Dame el arma para rematar a ese hijueputa!

Tomas le contestó:

-No es necesario, está muerto; iyo no fallo!

Tomas fue trasladado a un hospital de la ciudad de Cartagena, y mientras se curaba, su hermano Hermógenes movía todas sus influencias para que quedara libre. Al final el crimen del chulo fue declarado en defensa propia y Tomas salió del hospital sin pasar un solo día en la cárcel. Eso enfureció aún más a Carlos Huertas, quien con su mente trastornada por la sed de venganza, razonó que ya que el padre de Luciano había matado al suyo, él iba a matar a su hijo para causarle el mismo dolor.

Capítulo 5

Carlos Huerta había abandonado su pueblo desde muy joven, cuando Luciano aún no había nacido. Luego de la muerte de su padre se enteró de la existencia de Luciano y averiguó todo sobre su vida. Sabía que el padre de Luciano, su hermano y sus amigos lo protegían, y que estaría prevenido contra cualquier forastero que llegara en esos días, pues ya le habrían advertido de su intención de vengarse. Intentar matar a Luciano en su pueblo sería muy difícil. Pero cuando supo de su amistad con Manuel Esteban que vivía en Barrancabermeja, ideó un plan siniestro.

Mientras Luciano se alistaba para volver a su pueblo, escuchó en la radio la noticia del hallazgo de un cadáver en la ciénaga. Se horrorizó al enterarse que el cadáver hallado era el de su querido amigo Manuel Esteban, quien no había vuelto a su trabajo desde días antes que Luciano llegara a la ciudad.

-Ahora lo comprendo -le comentó Luciano a Gabriela-, Carlos Huerta lo planeó todo. Estaba decidido a vengar la muerte de su padre, y al saber de mi amistad con Manuel Esteban, viajó a Barrancabermeja para ubicarlo. Cuando lo encontró lo asesinó, y después lo suplantó para atraerme. Al eliminarlo pudo mantenerme solo y aislado en la ciudad. Ese telegrama que recibí, supuestamente de Manuel Esteban, en realidad fue escrito y enviado por Carlos Huertas. El hombre que me dio la dirección de la posada en la embarcación, obedecía instrucciones de él. Luego vino el robo, y el obsequio para ganarse mi confianza. La invitación al bar terminó de cerrar el círculo.